

jido, con hilos de varios colores, formando dibujos no ménos bellos y deslumbradores.

Empeñóse Quetlahuaca en que pasase el día en su ciudad, y accediendo á ello Hernan Cortés, por la tarde le llevó, lo mismo que á sus capitanes, á una hermosa huerta que para su recreo poseia, concediendo á sus huéspedes permiso para aprovechar todos sus frutos.

La huerta era una maravilla.

Habia tambien un jardin, y en medio de él un estanque de piedra y argamasa, y con grádas que conducian hasta el fondo.

En aquel estanque habia innumerables peces, que constituian uno de los principales recreos del príncipe Quetlahuaca.

Cortés creia soñar.

No habia tomado parte en las guerras de Granada, y no habia podido ver nunca tantos jardines, tantos huertos, tantos palacios, como soñaba y realizaba el génio de los árabes.

No podia imaginar que á tanta distancia de su patria, y no solo de su patria, sino del mundo civilizado, pudiera aparecer á sus ojos el arte de una manera tan encantadora.

Hernan Cortés notó que todos los habitantes de aquella ciudad hablaban con respeto y con amor de Moctezuma; las quejas contra el soberano habian cesado.

Allí todo era palabras de admiracion y respeto.

Por lo que pudiera suceder, estableció aquella noche centinelas; pero este cuidado fué inútil.

Moctezuma estaba verdaderamente resuelto á aplacar á los dioses, mostrándose benévolo con los españoles, y habia dado órden para que los agasajasen en todas partes.

Dos leguas distaba México de Iztacpalapa.

A la mañana siguiente de madrugada se puso en marcha todo el ejército, dejando á un lado y otro del camino multitud de poblaciones hermosísimas, todas en las orillas de la gran laguna.

Aun no serian las nueve de la mañana, cuando el panorama de la ciudad de México deslumbró la vista de los españoles.

## CAPITULO XXI.

### México.



El espectáculo que ofreció á los ojos de los extranjeros el panorama de la ciudad de México fué el colmo de la maravilla.

No debemos pasar adelante sin ofrecer á nuestros lectores una descripcion detallada de aquella gran ciudad donde iban á poner la planta los españoles, y que debia ser teatro de escenas sorprendentes.

Así, pues, ántes de asistir á la primera entrevista de Hernan Cortés y Moctezuma; ántes de reseñar las ceremonias que tuvieron lugar en aquel momento tan solemne para la decadencia del imperio mexicano, y de una de las conquistas más grandiosas del Nuevo Mundo, vean nuestros lectores por esta descripcion de uno de los más sabios viajeros que han estudiado las antigüedades de México, qué era aquella ciudad en el momento en que llegaban á ella los españoles.

Conociásela, como hemos dicho ya, con el nombre de Tenochtitlan.

Adornada con numerosos teocalis, que se elevaban en forma de pirámides, rodeada de calzadas ó diques, situada casi en medio del lago de Tezcucó sobre islotes cubiertos de verdor, recibiendo en sus calles á todas horas millares de barcos que vivificaban aquella espaciosa sábana de agua salada, la antigua Tenochtitlan debia parecerse á algunas ciudades de Holanda, de la China, ó del Delta inundado del Bajo Egipto.

Tres calzadas principales del ancho de dos lanzas la unian al continente, cuyas calzadas existen en parte, y forman ahora caminos y empedrados que atraviesan los terrenos pantanosos.

Bellos acueductos proveían de agua dulce la ciudad, y todavía se reconocen los restos de una de las dos cañerías que pasaban por cerca de Churubusco.

Cortés comparaba la extensión de Tenochtitlan á la de Sevilla ó Córdoba.

Las calles principales eran anchas y alineadas.

Algunas, como las de Venecia, estaban parte en seco y parte ocupadas por canales navegables, atravesados por puentes de madera muy bien contruidos, y tan anchos que permitían el paso de una fila de diez jinetes de frente.

Las casas bajas, como las de Pekin y otras grandes poblaciones del Asia, eran parte de madera y parte de tezontli, especie de piedra esponjosa, ligera y fácil de romper.

Segun un fragmento del plano de Tenochtitlan que Moctezuma hizo levantar más tarde para Cortés, esta ciudad está dividida en cuadrados regulares, formados por las calles principales y por los canales.

En cada cuadro se elevaba un templo ó teocali.

El principal estaba dedicado á Tezcatlipoca, la primera de las divinidades aztecas despues de Teotl, que es el sér supremo é invisible, y á Huitzilopoztli, el dios de la guerra.

Solo seis años ántes del descubrimiento de la América por Cristóbal Colon se habia erigido este templo.

Ocupaba el centro de la ciudad, y con los otros templos y edificios á que estaba unido cubria todo el espacio que hoy ocupa la catedral, la mayor parte de la plaza del mercado y calles y edificios que la rodean.

Cortés afirma que en aquel recinto que ocupaban sus muros podia haberse formado una poblacion de quinientos fuegos.

Las paredes de cal y piedra eran muy gruesas, de ocho piés

de altura, y adornadas con aberturas en forma de nichos y porcion de figuras de piedra que representaban serpientes, lo cual habia sido causa de que se le diese el nombre de coatapautli, ó murallas de serpientes.

Este templo tenia cuatro puertas, que correspondian á los cuatro puntos cardinales del mundo.

En el centro del recinto se elevaba una pirámide truncada, semejante á las de Teotihuacan, de cincuenta y cuatro metros de altura y noventa y siete de ancho por su base.

Una escalera conducia á su cúspide, que tenia de siete á ocho toesas en cuadro, y encerraba dos capillas magníficas, abiertas por delante y coronadas con una bella construcción de madera muy elevada.

Los dos ídolos que estaban en las capillas eran de piedras colosales y horrorosamente feos.

El centro de este espacio contenia una piedra verde, piramidal, de cinco palmos de altura, sobre la cual se sacrificaban las víctimas.

Cinco mil personas estaban empleadas en el servicio del templo, y tenían en él sus habitaciones.

Entre los treinta y nueve templos que rodeaban el principal, y que Cortés creyó formaban parte de él, se distinguia el de Quezalcoal, deidad que presidia el aire.

Era de forma redonda, y su puerta representaba la boca de una serpiente.

Delante de la primer entrada del templo principal se veía un vasto edificio revestido de las cabezas de los individuos que habian sido sacrificados.

El palacio principal, residencia ordinaria de Moctezuma, estaba en el mismo sitio donde hoy está la casa del duque de Monteleone, llamada vulgarmente *Casa del estado*.

Era de piedra y cal, pero de escasa elevacion.

Tenia cinco puertas grandes en cada una de las cuatro fachadas. Tres espaciosos patios le rodeaban en el interior.

En el del centro habia una hermosa fuente.

Habia muchos salones con más de mil aposentos.

Algunas de estas piezas estaban incrustadas de los más finos mármoles y de otras piedras extrañas.

Las vigas y los suelos eran de cedro, ciprés y otras maderas, perfectamente trabajadas y esculpidas.

Segun un testigo ocular y digno de fe, habia un salon capaz de contener tres mil personas.

Ademas de este palacio, tenia Moctezuma otros, así dentro como fuera de la ciudad.

En México, dice Mr. Beulloch, no solo tenia un serrallo para sus mujeres, sino habitacion para sus ministros y sus consejeros y para todos los oficiales de su córte, tan numerosa como brillante.

Habia tambien casas para recibir á los personajes extranjeros que le visitaban, y particularmente á los dos reyes sus aliados.

Dos vastos edificios estaban destinados, uno para las aves pacíficas, y otro para las carnívoras ó de rapiña, para los cuadrúpedos y para los reptiles.

Parece que estas dos casas de fieras habian sido las más magníficas del mundo.

La primera contenia muchos cuartos y galerías, sostenidas por columnas de mármol de una sola pieza.

Las galerías daban á un jardín, donde en medio de grupos de arbustos habia diez estanques, unos de agua dulce, y otros de agua salobre, para recibir las aves acuáticas, ya de río, ya de mar.

En las otras partes del edificio se alimentaban un número prodigioso de pájaros de toda especie.

Cortés dice que trescientos hombres estaban empleados en cuidar y recoger en ciertas épocas sus plumas, con las que ha-

cian aquellos famosos mosaicos que justamente excitaron la admiracion de los españoles.

Habia médicos encargados de observar las enfermedades de estos animales, y aplicar pronto remedio.

Los salones y cuartos de este singular edificio eran tantos, que este conquistador asegura que dos grandes monarcas podian alojarse en él con toda su comitiva.

Este famoso edificio estaba situado en la plaza donde en la actualidad se halla el convento de San Francisco.

El otro edificio destinado á fieras, tenia espaciosos patios, empedrados de losa y divididos en cuartos.

En uno se alimentaban todas las aves de rapiña, desde el águila real hasta la crecerella. (1)

Estos pájaros estaban distribuidos en cámaras subterráneas de seis piés de profundidad y más de diez y seis de ancho y largo.

Se mataban diariamente más de quinientos pavos para alimento de estas aves.

El mismo edificio encerraba un gran número de salones bajos, donde en fuertes jaulas de madera estaban los lobos, los gatos monteses, las especies que los primeros españoles llamaron leones y tigres y otra porcion de fieras alimentadas con otros animales y con las entrañas de las víctimas humanas que se sacrificaban.

Tambien habia cocodrilos y serpientes.

Estas estaban encerradas en toneles grandes ó tinajas, y aquellos en estanques cercados de paredes.

Tambien habia estanques para los peces, de los cuales aún existen algunos muy hermosos.

Mr. Beulloch dice que en las cercanías inmediatas del moderno México aún se les puede ver en el palacio de Chapultepec.

1 Pequeña ave de rapiña de la familia de los halcones.

Todos estos palacios estaban rodeados de hermosos jardines donde se cultivaban toda clase de flores, yerbas olorosas y plantas medicinales.

Habia además bosques cercanos para que cazase el emperador, quien frecuentemente los visitaba.

Uno de estos bosques ocupaba una isla sobre el lago conocido ahora con el nombre de Peñon.

El arsenal era un vasto edificio, lleno de toda especie de armas ofensivas y defensivas, de que usaban aquellos pueblos, y de los adornos é insignias militares, empleándose en fabricar estas armas y otros objetos un número tan grande de obreros que sorprende.

Varios artistas, como pintores, escultores, plateros y de los que construyen el mosaico, trabajaban constantemente para la corte.

Los bailarines poblaban ellos solos un distrito entero, y se les mantenía para la diversion del emperador.

El mercado, dos veces mayor que el de Sevilla, estaba rodeado de un pórtico inmenso, bajo el cual se exponían toda clase de mercancías, de comestibles, de adornos de oro, plata y piedras finas, hueso, conchitas, pluma, losa, cueros y algodón hilado.

Allí se veían piedras labradas, tejas y madera.

Habia callejuelas para la caza, otras para las legumbres y objetos de jardinería, y casas donde los barberos afeitaban la cabeza con navajas hechas de obsidiana. (1)

Otras casas semejantes á nuestras boticas, donde se vendían medicamentos ya preparados, unguentos y emplastos.

Habia igualmente casas donde pagando se hallaba comida y bebida.

1 Es una piedra de que hablan mucho los antiguos; pero que ya no existe. Parece que era negra, y cortada en tiras servía para instrumentos punzantes y cortantes, y formando láminas y bruñida hacia el efecto de nuestros espejos.

Para evitar la confusion; cada artículo se vendía en paraje separado, y todo por una medida de extension ó capacidad; pero jamas al peso.

En medio de la plaza mayor estaba una casa, que pudiera llamarse palacio de la justicia, donde diez ó doce personas, constituidas en jurado, intervenían en todas las cuestiones que se suscitaban por la venta de las mercancías.

Otros estaban continuamente entre los concurrentes para ver si se vendía al justo precio; y los españoles vieron hacer pedazos medidas falsas cogidas á los vendedores.

Hay que añadir que reinaba la mayor limpieza, no solo en el mercado, sino en los palacios imperiales y en todo lo restante de la ciudad; y si hemos de creer lo que dicen los historiadores, se empleaban cada mañana mil hombres en barrer y lavar las calles de la ciudad.

Los españoles han emitido las opiniones más absurdas respecto á la poblacion de esta antigua capital.

El abate Clavijero la hacia ascender á un millon quinientas mil almas.

Mr. Humboldt la fija en trescientas mil.

Admitiendo este número, no solamente hubiera sido la ciudad más poblada de todo el Nuevo Mundo, donde no llega á tanto la poblacion de ciudad alguna, sino tambien hubiera sido una de los más populosos del globo, pues á excepcion de algunas de las mayores ciudades de Asia y del Africa Musulmana, su poblacion hubiera superado en aquella época á la de todas las metrópolis de Europa, exceptuando Lóndres, Paris, Constantinopla y acaso Sevilla.

Tal era la ciudad de México cuando obtuvieron los españoles el primer triunfo sobre el orgulloso monarca, obligándole á que los recibiera contra su voluntad.

Asistamos ahora á la recepcion que hicieron los mexicanos á los españoles.

## CAPITULO XXII.

**Entrada de los españoles en México.**

MOCTEZUMA había dado las órdenes para que sus vasallos desplegasen un lujo y una magnificencia deslumbradora á los ojos de los españoles.

Mucho ántes de que se pusieran en marcha los extranjeros, salieron á su encuentro de la ciudad cuatro mil nobles seguidos de su servidumbre.

Estos hallaron á la comitiva de Hernan Cortés en medio del camino, y franqueándoles el paso sin pronunciar una sola palabra, hicieron todos humildes reverencias, y fueron á colocarse detrás de los españoles para escoltarlos.

Un cuarto de hora despues descubrieron los viajeros un baluarte de piedra con dos castillos, uno á cada lado, que defendia el paso de la calzada.

Las puertas del baluarte abrian camino á una pequeña prolongacion de la calzada, y al fin de ésta habia un puente levadizo, que defendia la entrada de la segunda fortificacion.

Penetraron los españoles, y al final del puente encontraron una espaciosa calle con edificios profusamente labrados á uno y otro lado.

La calle estaba desierta.

Peró los miradores y las azoteas estaban llenos de mexicanos de ambos sexos, que aguardaban con ánsia á los huéspedes de su soberano.

Moctezuma habia mandado que se despejasen las calles por-

que queria salir al encuentro de los españoles apénas tuviese aviso de su llegada.

No bien empezaron á pasar el puente levadizo, partieron dos correos al palacio á noticiar al monarca la llegada de los extranjeros; y la comitiva imperial, que aguardaba las órdenes de Moctezuma para ponerse en marcha, se puso en movimiento, y no tardó en salir al encuentro de los españoles, que fijaban sus asombrados ojos en los espléndidos edificios, en el lujo y en la magnificencia de los que ocupaban los miradores y las azoteas.

La vanguardia, por decirlo así, de la comitiva imperial constaba de doscientos nobles, pertenecientes á la familia de Moctezuma.

Todos iban adornados de la misma manera, y los penachos de pluma con que cubrian su cabeza eran de la misma forma é idéntico color.

Avanzaron en dos filas en medio del mayor silencio y con los piés descalzos. Ninguno de ellos se atrevió á alzar los ojos del suelo.

Hernan Cortés mandó hacer alto á sus tropas al mismo tiempo que los de la vanguardia, y acercándose á las paredes de las casas formaron dos filas como las que forma la tropa en las procesiones y solemnidades populares.

Poco despues se distinguia à lo léjos al emperador, precedido de muchos magnates y altos dignatarios del palacio, generales, teopixques ó sacerdotes y demas personas de su servidumbre.

Iba el emperador sobre unas andas de oro bruñido, con plumas de colores sobrepuestas, formando bellísimos dibujos.

A cada lado iban dos personajes soportando un pálido, formado con plumas verdes, que servia de dosel al emperador.

Delante de los indios iban tres magistrados, cada cual con una vara de oro en la mano.

De cuando en cuando la levantaban, dejándola caer sobre el

pavimento, con lo cual querían decir á los vasallos del emperador que bajasen los ojos, porque se acercaba su soberano.

Mirar á Moctezuma era considerado como un desacato, como un sacrilegio que castigaban horribilmente.

Los dignatarios que precedían al monarca, al llegar adonde aguardaba Hernan Cortés, despues de hacer una profunda reverencia á los españoles, formaron otras dos filas, y despejado el camino, llegaron los que conducían en las andas al emperador seguidos de músicos y criados del monarca.

Los primeros ejecutaban una marcha de un ritmo extraño y en extremo molesto para el delicado oído de los españoles.

Al llegar Moctezuma cerca de donde estaba Hernan Cortés, dieron los magistrados tres golpes con las varas de oro, se adelantaron algunos indios, pusieron una alfombra formada con palmas de colores tejidas, y entónces se bajó de las andas Moctezuma, cesando la música y reinando, á pesar de haber tanta gente reunida, un sepulcral silencio.

Para bajar de las andas se apoyó Moctezuma en los hombros de sus dos sobrinos, los príncipes de Iztacpalapa y de Tezcuco.

Hé aquí el retrato que hace Solís de tan extraordinario monarca:

«Era de buena presencia.

«Podría tener unos cuarenta años.

«Su estatura era mediana.

«Era más bien delgado que robusto.

«La nariz era aguileña.

«El color de su rostro ménos oscuro que el de la generalidad de los indios.

«Sus cabellos eran largos.

«Sus ojos vivos.

«En su semblante se descubría la soberbia y la majestad.

«Su traje consistía en un manto de finísimo algodón, sujeto

por lazos á los hombros, de manera que cubría la mayor parte de su cuerpo, cayendo por detrás hasta llegar al suelo.

«Parecía mentira que pudiera soportar el peso de las joyas de oro, perlas y piedras preciosas con que iba adornado.

«Su corona de oro, más que una corona, parecía una mitra.

«Por delante terminaba en punta, y en su parte posterior en óvalo.

«Su calzado consistía en unas plantillas de oro macizo, sujetas al pié con correas con adornos de oro.

Hernan Cortés había también procurado adornarse de una manera deslumbradora, para llamar la atención del monarca y sus vasallos.

Con abalorios, lentejuelas y pedazos de espejos, sujetos á una tela de lana de un encarnado muy vivo, había formado una banda, que ciñó á su pecho, y que aumentaba el esplendor de su reluciente armadura, de su casco con ondeantes plumas azules y blancas, y de su tabardo encarnado.

Antes de hablar al soberano hizo una profunda reverencia.

Moctezuma, segun la usanza de su nacion, se humilló hasta tocar con su diestra la tierra, llevó despues la mano á sus labios y de este modo le rindió el homenaje que hasta entónces no había rendido ni á los dioses.

Sin proferir una sola palabra se quitó Hernan Cortés la banda que llevaba al pecho.

Se acercó más á Moctezuma para ponérsela.

Los magistrados se interpusieron.

—No es permitido, exclamó uno de ellos, acercarse tanto á la persona de nuestro soberano.

Hernan Cortés no tuvo tiempo para castigar con una mirada terrible aquel acto de los aduladores del monarca.

Moctezuma reprendiendo agriamente á sus servidores:

—Acercaos á mí cuanto gustéis, dijo á Hernan Cortés; nadie tiene derecho para estorbároslo.

El caudillo de los españoles ciñó á su pecho la banda, y Moctezuma pareció encantado con aquel presente.

Nada habia á sus ojos que valiera más que aquella banda.

Un murmullo de admiracion, de asombro, resonó en torno de los principales personajes de aquella escena.

Queriendo corresponder á una prueba de afecto tan grande como la que acababa de recibir, mandó Moctezuma que le quitasen un collar que llevaba, formado por conchas carmesíes, y engarzadas con tanto arte, que de cada una de ellas pendian cuatro gámbaros ó cangrejos de oro admirablemente imitados.

—Esta es la joya que más estimo,—dijo, tomando el collar de manos de sus servidores y ciñéndolo al cuello de Hernan Cortés.—Quiero honrarlos con él.

Este acto de generosidad del monarca acrecentó el asombro de sus vasallos.

¿Qué hombres eran aquellos á quienes el emperador consideraba más aún que á los ídolos de los templos?

Hernan Cortés quiso hablar del objeto de su embajada á Moctezuma.

—No prosigais, contestó éste; me honráis con vuestra presencia, y estoy dispuesto á manifestaros mi gratitud y mi afecto.

Ahora el príncipe de Iztacpalapa mi muy amado sobrino, os conducirá al palacio que he destinado para vuestra habitacion y la de los que os acompañan. Descansad allí, y yo volveré á verlos.

No he podido resistir á la impaciencia de saludar á los embajadores de un monarca tan poderoso como el vuestro, y por eso he venido.

Pero no quiero molestaros más, y me retiro despues de manifestaros que estais en vuestra casa, y que todo mi imperio queda puesto á vuestra disposicion.

Volvió á subir Moctezuma á las andas, y partió con toda su comitiva, en tanto que el príncipe de Iztacpalapa acompañó á Hernan Cortés y á sus soldados á una de las casas reales que habia mandado construir Axayaca, padre de Moctezuma.

Despues de la descripcion que en el anterior capítulo hemos publicado para dar una idea de lo que era la poblacion de México, fácilmente comprenderán nuestros lectores que aquellos edificios, que aquellos templos, que aquellos palacios, que aquellas calles espaciosas, que aquellas magníficas plazas, sorprendian á los españoles; no fué ménos grata la impresion que recibieron al ver el edificio que destinaban para su morada.

Competia en grandeza y suntuosidad con el palacio de Moctezuma, y sus espesos muros y los torreones que le coronaban le daban todo el aspecto de una fortaleza.

Como diligente general, lo primero que hizo Hernan Cortés fué recorrer el edificio, distribuir sus tropas y destinar la artillería para que, si era preciso, pudiera en un momento dado servir á la defensa de los españoles.

Seguido de sus capitanes y guiado por el príncipe de Iztacpalapa, visitó todas las habitaciones.

Hallábanse adornadas con tapicería de varios colores, y los muebles consistian en sillas de maderas labradas, de una sola pieza.

Las camas tenian colgaduras, formando pabellones; pero no eran tan cómodas como las de Europa.

Consistian solamente en dos ó tres esteras de palma, y una pequeña arrollada servia de almohada.

Aun no seria la una de la tarde cuando quedaron instalados.

Su sorpresa creció de punto al ver que el príncipe condujo á Hernan Cortés y á sus capitanes á una habitacion en donde estaba preparado un espléndido festin para obsequiarlos.

Multitud de indios destinados á la servidumbre de los españoles, ofrecieron á los soldados manjares y bebidas, tan agradables y tan inesperadas, que se creyeron todos conducidos por obra de algun encantador á uno de esos palacios que fabrica la fantasía para recreo de la imaginacion de los mortales.

No bien terminó el banquete, cuando anunciaron á Hernan Cortés que Moctezuma iba á visitarle de nuevo.